

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

*En vilo*

**H**an sido días aciagos, interminables, caóticos. El 2 de julio tuvo lugar la elección más competida de nuestra joven democracia; pero no concluye y en el horizonte se dibujan escenarios nada halagüeños. Acaso sea el costo de la consolidación democrática, de una democracia imberbe construida sobre un largo periodo autoritario que nos condujo al escepticismo y a la desconfianza institucional. Por ello es muy difícil que los principales actores confíen entre ellos y que buena parte de los ciudadanos acepten las nuevas reglas con la justificación de que vivimos tiempos mejores. La desconfianza nos llevó a crear un árbitro electoral con demasiadas reglas y candados para garantizar procesos electorales creíbles y que avanzaran en la transformación de la cultura política profundamente escéptica. A quince años de su existencia, el Instituto Federal Electoral no puede dedicar la mayor parte de sus recursos y tiempo en fomentar la cultura cívica y democrática. Todavía la organización de los comicios consume buena parte de sus energías.

Ante procesos competidos y tan cerrados como el que vivimos, que muestran un país partido por la mitad: Norte y sur, no podemos darnos el lujo de abonar a la desconfianza. La "guerra sucia" que caracterizó las agotadoras campañas abonó el terreno para que tuviéramos los resultados que ahora padecemos. Esto no debió haber ocurrido. Es una costosa lección para el futuro. Todos deberemos de aprender de este terrible error. Nunca se deberá per-

mitir la acusación infundada, el desprestigio personal, las mentiras magnificadas, las intromisiones descaradas, la difamación. Ese es el fondo del problema en el momento que ahora vivimos. Lo demás tiene remedio. El daño para la gobernabilidad ha sido enorme. Tendremos seis años difíciles. No veo cómo se curen las heridas. Máxime en un escenario de gobierno dividido, donde lo que se requiere es el diálogo y la negociación. La guerra sucia resquebrajó los cimientos de la estructura democrática. No sólo se trataba de ganar una elección; el problema es que los arquitectos de la política del miedo tensaron de más los débiles equilibrios y nadie los detuvo, aun cuando la ley lo contemplaba.

Por eso el país está en vilo, para utilizar la célebre metáfora del inolvidable historiador don Luis González y González. Desde el domingo 2 de julio los conteos, primero el del PREP y luego los cómputos distritales, fueron como el juego del "gallo-gallina" o del clásico deshojar de la margarita: "Me quiere, no me quiere". Nos mantuvieron en vilo. Fueron días de desvelo pegados a las pantallas, sumando y restando votos. Más de 40 millones de mexicanos que acudieron a las urnas no acertaban y aún todavía no lo hacen a entender por qué de tanta incertidumbre. La mitad de los electores piensa que los resultados debieron aceptarse sin cuestionamientos. La otra mitad cree que los votos fueron manipulados o cuando menos que hubo "cosas raras". Pero esos sentimientos se exacerbaban por haberse permitido el tipo de campañas que presagiaban que sólo se aceptarían los resultados si eran favorables para cada uno de los contendientes. En ese escenario nadie pensaba perder. Y en una contienda debe haber ganadores y perdedores, así de sencillo; así de complicado para los mexicanos.

Hoy la palabra la tiene el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Qué difícil para los siete magistrados tomar sus decisiones. Cualquiera que sea su fallo, habrá una buena cantidad de mexicanos desilusionados con el proceso. Creo que hoy la mejor salida es la más complicada, por paradójico que suene. Contar los votos y hacer público el compromiso de aceptar los resultados del recuento sería una salida que podría resarcir los daños a nuestra democracia. Si Felipe Calderón es el ganador, como lo sostiene, y el recuento le confirmara su victoria, se legitimaría y acumularía un capital político inconmensurable. Por el contrario, si Andrés Manuel López Obrador lograra revertir su derrota, se enmendaría una terrible injusticia. Me preocupa el tono de linchamiento que existe contra López Obrador. Hasta hoy ha seguido los cauces legales. Si Felipe Calderón o Roberto Madrazo estuvieran en la misma situación, no me cabe la menor duda de que impugnarían los resultados de la elección. En el pasado el PAN tomó carreteras y puentes, lo mismo que en su momento han hecho los otros partidos. No se vale renegar de todo el pasado; por el contrario deberían voltear hacia atrás para no repetir los errores de sus adversarios.

Una salida digna sería que los cinco candidatos le solicitaran al tribunal electoral el recuento de votos. Todos ganaríamos y cerraríamos este capítulo tan incierto de nuestra difícil democracia. Estoy seguro que todos aceptaríamos los resultados. Quien no lo hiciera se arriesgaría al descrédito y a una derrota inconmensurable. Es el tiempo de apostar por la salida más compleja pero más edificante. Lo demás es lo de menos.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.